

30 de marzo. Cuaresma. Color morado.

Lecturas:

Éxodo 32, 7-14

Salmo 105 Perdona Señor, las culpas de tu pueblo.

Juan 5,31-47 Moisés les acusa



Ver y conocer a Dios ha sido la locura del mundo. “De que color es la piel de Dios” La respuesta es de todos los colores. Pero la realidad es otra y bien distinta. A Dios no le hace falta piel, ni oídos, ni ojos... pues eso está en cada uno de nosotros que somos, en verdad, la imagen de Dios.

Es muy triste reconocer que a Jesús no lo aceptamos. “Yo he venido en nombre de mi Padre y ustedes no me han recibido” (Juan 3) Pues tenemos ojos y no lo vemos. “Pueblo de dura cabeza que se han hecho un becerro de metal” (1era lectura) De ahí que Moisés invite a Dios a perdonarlos y darles su misericordia y así entiendan la grandeza de su amor.



Jesús en cada una de sus acciones da a conocer al Padre y a la vez revela su divinidad en ese servicio desinteresado a su pueblo. Andamos como ciegos, sordos y mudos, todo porque vamos a la deriva buscando a un falso que intentamos conocer pero amar. Es decir, que perseguimos un milagro, un favor pero sin colocar la fe que nos hace ver el verdadero Dios de nuestras vidas. Al perseguir cosas nos confundimos porque al ver que no llegan nos desesperamos y empezamos a buscarlo en otras cosas.

La fragilidad humana que se rompe con el mínimo viento nos produce una tormenta que nos desgarrá, nos deja desolados y sin esperanzas. Para ello Jesús no viene a condenar y muchos menos a dar explicación a los por qué, sino que viene a darnos la vida y plena en el amor de Dios. Hay que buscar al Señor; y sin desfallecer, pues está en la puerta tocando. Nos toca abrirle o dejarlo que siga tocando.

Buscarle es... Amarlo y darlo a conocer.

Saber que él lo puede todo.

Lavarnos y purificarnos

Ser fieles a sus mandamientos.

